

Domingo XXVII del Tiempo Ordinario (03-10-21)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas, en este camino que vamos a comenzar desde ahora en toda la Arquidiócesis, estamos entronizando al Señor en nuestras casas, y el Señor viene en nuestro auxilio hoy día también con una lectura que tiene que ver con nuestras casas, que es el tema del matrimonio y el tema de los niños. Y vamos a reflexionar hoy día con el Señor lo que supone el vivir como cristianos en el corazón de nuestras vidas complicadas, la presencia de su Palabra en nuestras vidas.

En el Evangelio de Marcos (10, 2-12), Jesús es sometido a un interrogatorio por parte de personas que habían asumido que lo principal que llevaba a la vida matrimonial, era el dominio del varón que podía expulsar de su casa a su mujer por cualquier motivo. En algunos casos podía tratarse de infidelidad, en otros casos simplemente el rechazo por algunas cuestiones de carácter. Esto era una real injusticia, y junto con ello, el punto esencial es ¿cuál es el fundamento de todo?.

En nuestra vida cotidiana y en el mundo actual se han ido acumulando una serie de leyes, una serie de modos de proceder que, evidentemente, ocurren porque nosotros tenemos muchos apuros y muchas necesidades. Y cada cierto tiempo el mundo entra en crisis, y en este caso - sabemos todos que estamos en una crisis generalizada del valor de la vida - entran dificultades que se resuelven evidentemente con “arreglos”. Eso es en todas las sociedades y en todos los mundos, y mucho más en un mundo tan complejo como el que vivimos hoy día.

Jesús siempre interviene en las situaciones de una manera profunda: ir a los fundamentos detrás de las cosas que suceden, no para sujetarnos a todos y “amarrar” y declarar a todo el que no hace lo que dice sería un pecador empedernido que no tiene solución, sino para suscitar en nosotros una sabiduría que nos permita

calibrar las situaciones y ordenarlas según Dios, porque Jesús nos ha venido a comunicar a Dios con su muerte en la cruz y su entrega generosa, desinteresada y gratuita, para que lleguemos a comprender que Dios es amor y solamente es amor. Esto presupone que todos tenemos la capacidad amar como Dios ama. Dios tiene confianza de que todos sus hijos e hijas, que ha creado, pueden vivir en el amor para el cual han sido hechos.

Por eso todos somos hechos para adelante, todos tenemos ojos para contemplar la belleza del Otro, todos tenemos brazos para abrazar, boca para besar y tenemos la capacidad de entendernos, de arreglar las cosas con profundidad, más allá de los deseos o intereses inmediatos. Todos tenemos capacidad de entregar nuestra vida como el Señor la ha entregado. Lo que pasa es que es difícil, y entonces, lo fundamental en la Iglesia que el Papa Francisco recuerda e insiste es recordar que Dios nunca nos abandona, que nos comprende, pero nos ayuda a que caminemos en su amor poco a poco hasta poder sintonizar en fidelidad con Él.

Este texto es muy importante por eso, porque Jesús sabe que en su pueblo hay una crisis y sabe que la ley, en cierto modo, se ha relajado respecto al principio fundamental. El propio Moisés había dicho que se podían divorciar. Y Jesús acota: “eso lo hizo Moisés por la dureza de su corazón”. Podríamos decir hoy día por la dureza de la vida, por la dureza y lo compleja de esta vida, ocurren tantas crisis de relación, de matrimonio, y en el caso de los que creemos. Tantas veces cuando una pareja se casa por la Iglesia, por ejemplo, hemos repetido las frases que hoy día están en el Libro del Génesis (2, 18-24): “Lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre”. Pero a la vez, sentimos lo difícil que es y las graves situaciones en las que se encuentran nuestras familias.

El Papa Francisco ha recordado en su exhortación apostólica *Amoris laetitia* (La Alegría del Amor), que la Iglesia está no para condenar a quien tiene problemas y complejas situaciones, sino para ayudar. E inclusive ha lanzado la idea de que todas las familias que han ido avanzando en una fidelidad y en una constitución más

sólida, no son lo máximo de la sociedad y el resto son como una especie de personas separadas de la gracia del Señor, no. El Papa que ha querido sintetizar el pensamiento de la Iglesia, retoma lo fundamental y lo actualiza diciendo que las familias que han logrado algo en el avance de la fidelidad, se conviertan en **misioneras**. Por eso, decimos en nuestro lema: “Con el Señor de los Milagros, salgamos en misión”.

Y hoy día se nos llama a la misión familiar y a la misión con los niños. Esta misión es la de comunicar lo más profundo del Señor para que todos podamos ir poco a poco avanzando hacia allá, dentro de las familias cristianas. Pero también este principio se propone a toda la humanidad, porque nosotros como creyentes, recibimos de Dios una revelación que está llamada a propiciar en el mundo la capacidad de ver más hondamente y más lejos, de salir de los entrampamientos inmediatos y ayudar a que todas las personas vayan, poco a poco, entendiendo que este Dios gratuito mora en nosotros, y dentro de los límites humanos que tenemos, podemos abrirle paso a ese amor gratuito.

Y por más difícil que sea, siempre digamos que tenemos al Señor al lado que nos dice: “No importa, tú eres pecador, no importa. Estás herido, no importa, Yo estoy contigo, vamos adelante, avanzando poquito a poco, con paciencia”.

Si no fuera así, el Señor no estaría crucificado. El Papa, repito nuevamente su frase, “No está allí por la fuerza de los clavos, sino por su infinita misericordia”, nos dijo el año pasado. Es una frase clave, porque pudo haberse bajado, pero **no quiso bajarse**, es una decisión de quedarse en la cruz, porque teniendo el poder de Dios podía desclavarse, bajar y agredir a sus enemigos- con razón, inclusive porque era inocente, no lo hizo.

Es la fuerza de ese amor la que nos dice también a mi hermano, a mi hermana, a mi mujer, a mi esposo: lo/la voy a aprender a comprender, vamos a tratar de ir avanzando, vamos a tratar de ver cómo solucionamos el problema, incluso si después no se puede

reparar tan fácilmente, porque ya se contrajo una nueva relación, etcétera. Eso es una misión que tenemos todos que hacer juntos, especialmente, basados en esta gratuidad del principio original: “en principio no era así”.

Y por lo tanto, Jesús nos convoca a sujetarnos a esos principios que son fundamentales porque sino las sociedades se destruyen y se derrumban. Hemos visto cómo la exacerbación actual de hacer las cosas simplemente por el deseo inmediato, por el capricho y por los intereses estrechos, inestabilizan al Perú. Cuando cada uno va decir: “yo impongo esto, yo quiero esto, yo hago el otro” y simplemente discuto, impongo lo que me viene en gana, lo que yo quiero para mi grupo, salimos del sentido común válido para todos.

Toda sociedad está llamada, toda persona y toda la comunidad a recapacitar, a decir: ¿Esto es adecuado? ¿Es justo lo que estamos haciendo y pensando hacer? ¿No estaré poniendo solamente mi interés sin ver que hay algo más importante que nos une a todos?

Volver a los principios es el camino que nos da la salvación, volver a recapacitar y desechar ideologías, ambiciones, rencores, entredichos, ir al fondo y empezar a hermanarnos con la maravillosa idea de la hermandad que el Papa hoy día dice para todo el mundo: la fraternidad, y que además está presente en la Hermandad del Señor de los Milagros que quiso hacer esa hermandad para ayudar y servir a nuestro pueblo.

Por eso, hermanos y hermanas, hoy día vamos a pensar hondamente en estas palabras que el Señor dice también respecto de los niños. Es muy curioso que después de este texto aparezca seguido el tema de los niños. Porque en el fondo ¿quién es más afectado cuando no hay amor gratuito en casa?. Los niños.

Los propios discípulos no entendían lo que había hablado Jesús, y los propios discípulos habían pensado que lo que decía Moisés era mucho más adecuado porque resolvía los problemas, todo se resolvía repudiando y basta. Superficialmente. Es verdad que Jesús

les dice que el principio es ese, y por lo tanto, se comete adulterio cuando se rechaza a la esposa o al esposo. Y de uno y de otro, no solamente para la mujer, sino también para el varón.

Pero hay algo más importante: se acercan unos niños y sus discípulos dicen: “¡fuera, fuera, fuera!”, los espantan. Y el Señor se indigna. Hoy día, el Papa ha recordado que el Señor se indignó ¿Y por qué lo hizo? Porque es la actitud que hay normalmente cuando los pequeños no cuentan y no nos damos cuenta del escándalo que les estamos haciendo y los problemas que les estamos poniendo cuando no vamos al fondo de las cosas.

No basta que los niños tengan a papá los lunes, miércoles y viernes; y a mamá los martes, jueves y sábados, no basta. Es un arreglo dentro de los límites y es normal, pero en principio, los niños necesitan a su padre y a su madre, y necesitan construir lentamente, con paciencia, una familia que les permita vida.

Y tenemos entonces que, misioneramente, conversar cómo hacer, porque se nos ha enredado la vida muchísimo. Y tenemos una necesidad urgente, porque los niños están en juego. Por eso el Señor no los espanta, al contrario, se indigna y los llama, les impone las manos y les dice dos cosas: “Solamente existe el Reino de Dios para los niños y para los que son como ellos, para los últimos. Y también, todo el que se hace pequeño, recibiendo el reino, (los principios de Dios) como un niño, participará del Reino de Dios”. Es decir, los invita a que aprendan a ser pequeños, que así, entonces, podrán vivir, comunicar y anunciar el Reino.

Es decir, todos tenemos entrada en ese Reino, desde nuestro pecado y más allá de él, poquito a poco, avanzando en las líneas del amor gratuito. Pero hay algo también precioso: que todos nosotros, de alguna manera, podemos ser, no añados, pero sí ser como niños en el sentido de obedecer los principios que nos dan los papás. Y si todos podemos eso, como el niño obedece a su papá, así todos podemos avanzar en obedecer al Hijo que nos comunicó lo que el Padre quería, lo que el Papá Dios fundó desde el Principio

para que seamos felices, que seamos benditos y que toda nuestra humanidad pueda renacer a un mundo nuevo, a una forma nueva de vivir basada en el fundamento, eso que San Paulo VI llamó 'la civilización del amor'.

Qué Dios también los bendiga a ustedes, especialmente a los representantes de la Cámara Nacional de Turismo (CANATUR), que tienen esa maravilla de anunciarnos a través de las maravillas culturales creadas por el ser humano, la maravilla de la presencia de Dios en el ser humano que nos su vida.

Gracias también a la Hermandad del Señor de los Milagros, porque son tantos años de generar en nuestro país las condiciones de fraternidad que el mundo necesita para salir adelante.

Dios bendiga a todos los presentes, a las hermanas, y nos dé un mes lleno de recapacitación para poder regenerarnos como pueblo y renacer a una vida nueva.